

Robert CASTEL, Gabriel KESSLER, Denis MERKLEN, Numa MURARD
Individuación, precariedad, inseguridad ¿Desinstitucionalización del presente?
Buenos Aires, Paidós, 2013

Enriquecen el debate sobre *morales y sentimientos en la cuestión social*, cuatro sociólogos, dos sudamericanos y dos franceses, en la conferencia de la Casa Argentina de París el 1 de marzo de 2011. Sus intercambios se exponen en este libro, poniendo en discusión el déficit institucional que afecta a los sectores más vulnerables de la sociedad, haciéndoles pagar el costo del progreso o de la crisis e impidiéndoles proyectarse hacia el futuro. Se propone la reflexión alrededor de las políticas institucionales que construyen un nuevo individualismo en la configuración social desde los últimos treinta años.

Respecto a la reconfiguración de los mundos populares desde los años ochenta, se reflexiona sobre las transformaciones que provienen del mundo del trabajo, siendo que la precariedad del empleo empuja a otros modos de acceso al dinero y a las prestaciones sociales. Se transforman así las prácticas sociales de quienes no acceden de modo estable a la auto reproducción de su vida y la de su familia, generando una reelaboración moral respecto a la legitimidad del origen de los recursos a los que acceden, en un contexto de dinámicas de individuación que imposibilitan un ingreso colectivo al progreso. En torno a este debate el libro se articula en cinco partes, la primera introductoria; la segunda aborda las *políticas de riesgo y el sentimiento de inse-*

guridad, por Robert Castel; la tercera, remite a *las dinámicas contemporáneas de individuación*, por Denis Merklen; la cuarta se refiere a las trayectorias de vida de las personas que soportaron las consecuencias de la desindustrialización a fines de los años setenta en un barrio francés, por Numa Murard y Jean-Francois Laé, como autor invitado. Finalmente, Gabriel Kessler, aborda un análisis histórico sobre el delito urbano en el área metropolitana de Buenos Aires desde los años setenta, en torno a la articulación entre lo legal y lo ilegal que entretejen las trayectorias de vida de personas que protagonizaron delitos.

A partir de la reorientación institucional que comparten Europa y América Latina, respecto a las políticas institucionales que provisionan de recursos y herramientas a los individuos para el alcanzar el éxito en la vida social, las miradas sociológicas invitan a la reflexión sobre el conflicto y las políticas sociales, identificando las dimensiones objetivas y subjetivas de lo social.

La degradación de las condiciones de vida de algunos sectores de la población, instauró el estigma a la conexión entre desigualdad y delito, cuando en realidad, la cuestión social está atravesada por *movilidades laterales* cambiantes a lo largo del tiempo entre el mercado de trabajo y las acciones ilegales. Siendo estas últimas una opción coyuntural. El aporte

de los autores permite identificar que la represión a los ilegalismos sostiene el velo sobre una solución a la que la ley y la justicia, solas, no pueden responder.

Los últimos treinta años están atravesados por políticas de individuación que definen a las personas como los responsables de sus situaciones de vida y en las que las reglas sociales son percibidas como límites a la libertad individual. Estas exigencias sobre el individuo también fomentan un desfase entre las expectativas socialmente construidas respecto a la seguridad y estabilidad, y las capacidades efectivas que tiene la sociedad de proporcionarlas. Es decir, el individuo se encuentra inmerso en una sociedad de riesgos, en la que aumenta la demanda de la seguridad civil, pero en la que disminuye la seguridad laboral.

En el segundo apartado, Castel aborda los sentimientos de la cuestión social desde la reflexión sobre el riesgo y la inseguridad. Siendo característica de la época la incertidumbre respecto al porvenir, ya que es atravesada por la desestabilización tanto del mercado laboral, como de los sistemas de protección social. Las sociedades perciben el riesgo como una amenaza a las capacidades de control y seguridad que poseen las personas acerca del futuro, pero se debe distinguir que se teme a la inseguridad, porque se poseen protecciones, aunque estas sean frágiles y estén amenazadas. Es la concepción neoliberal del individualismo la que implica asumir riesgos, hacerse responsable de modo personal y privado de los riesgos que implica la vida social. Es decir, el Estado deja de ser garantía de una estabilidad social, para ser esta

última, gestionada de manera personal y privada. Este es otro de los ejes principales que subyacen a las dinámicas de individuación y a las políticas sociales de los últimos tiempos.

El autor permite deconstruir las concepciones globalizantes del riesgo y de la seguridad que prevalecen en la actualidad. Distingue los *riesgos sociales*, que perturban el desarrollo de la existencia de aquellas personas que solo viven de los recursos del trabajo; de las *poblaciones de riesgo*, que son meras construcciones de perfiles de individuos asociados a factores de riesgo; de los *nuevos riesgos o riesgos ecológicos*, que remiten a los efectos nefastos de la ciencia que iban a garantizar el progreso. Castel, señala que es la propia concepción inflacionista del riesgo la que genera una sociedad de riesgo, la cual es funcional a una sociedad determinada por la cuestión de la seguridad.

El autor propone abandonar el mito de una sociedad sin riesgos, priorizar los riesgos y aplicar políticas realistas; pero sin embargo, el Estado ya no tiene un papel protector, sino que es deber del individuo protegerse, claro que en el caso de que este pueda hacerlo.

Significativo aporte al debate realiza Merklen, en la tercera sección del libro, en la que caracteriza a las políticas de individuación. Estas se mantienen sobre un aparato ideológico que construye sujetos individuales que son comprometidos a concebirse como *activos y responsables*. Los términos de responsabilización y activación de la voluntad individual se hallan en los objetivos de las políticas públicas y en la reorientación de las políticas socia-

les. Como venía contextualizando Castel, se le solicita al individuo que se asegure por sí mismo contra el riesgo y pueda prever las contingencias de vivir en sociedad, asegurarse contra el desempleo, la enfermedad, la vejez. Entonces en la pérdida del empleo, por ejemplo, subyace una ideología acerca de la dificultad en la previsión por parte del individuo, o una deficiencia en la proyección a futuro de quien en realidad es víctima de un despido.

Antes, la sociedad protegía a las personas, ahora los individuos deben asegurarse por sí mismos, al mismo tiempo que se hacen responsables de prever los avatares de la vida en sociedad y de los inconvenientes que puede ocasionar tanto a otros como a sí mismo. El caso es que en la cuestión social, la desigualdad se manifiesta respecto a la exposición a los riesgos, ya que son desiguales los recursos que tienen las personas para protegerse.

En el contexto neoliberal emergen las políticas de individuación, que reorientan la relación entre Estado y sociedad. Ya no se trata de la integración de las personas a la vida social. La individuación es concebida como la liberación a los límites que la sociedad impone, en esta clave se construye una sociedad atomizada, determinada por el consumo de masas, que conduce a la pérdida de la capacidad de producir sentido y al empobrecimiento cultural.

Las políticas de individuación se proponen intervenir sobre el *otro* e inculcar los valores de la autonomía, la responsabilidad, la activación y la seguridad de sí mismo ante los riesgos. Y así, prepa-

rar a los individuos para la competencia que implica vivir en sociedad. Sucede que estas políticas se dirigen a personas que han fallado en su estrategia, que se encuentren en una situación de dependencia, que han sido perdedores de la competencia, pero no se ocupan de las reglas del juego. Estas políticas exigen la *activación* del individuo como actor de su propia vida, otorgan un beneficio de amparo aún cuando debería haber sido previsor de los riesgos que ha sufrido, siendo así, tanto responsable como víctima de los riesgos que lo han sobrepasado. Desde esta lógica ya no es la sociedad la que está en deuda con los desfavorecidos, sino que son los beneficiarios de políticas sociales quienes están en deuda con la sociedad. Como contrapartida deberán activarse. La paradoja reside en que tal exigencia de activación se realiza en una coyuntura de baja ocupación. De este modo, las desigualdades prevalecen en la cuestión social, ya que personas asistidas, si bien cargan con la deuda social de cambiar, de *activarse*, no cuentan con los recursos para ello. Según el autor, el control social reside en supervisar el permanente esfuerzo que los individuos realizan para mantenerse activos.

Complementado estos argumentos y potencializando la reflexión Numa Murard y Jean-Francois Laé abordan las trayectorias de vida de personas que han sufrido la desindustrialización de fines de los años setenta en Elbeuf, la masificación de la pobreza, y treinta años más tarde, no han superado su condición social. Cada trayectoria de vida está marcada por la desindustrialización, la marginalidad, el desvío, y los recursos de la asistencia de

políticas públicas. En una misma historia colectiva, a través de diferentes relatos, los autores, denotan límites entre distintas fracciones de clase. Sus conductas de vida son diferenciadas en la lucha por no caer más abajo; las personas se identifican según sus posiciones respecto a los beneficios sociales y el tipo de precariedad de empleo, se comparan en relación a las trayectorias laborales de sus pares, y distinguen sus trayectorias en tanto hayan alcanzado jubilarse o no. Por lo general niegan su pasado en el barrio Les Ecaux, o desestiman a los vecinos con los que compartieron el mismo entorno social. Treinta años después de la desindustrialización los hogares continúan padeciendo la desocupación, ahora de sus hijos de treinta o cuarenta años. Los desocupados de los ochenta, hoy deciden si ocuparse o no de sus nietos, quienes conviven parcialmente bajo el mismo techo.

En este análisis se pueden cruzar los aportes de Castel y Merklen e interpretar cómo en una sociedad de riesgo, las políticas de individuación exigen un cambio en un entorno en el cual no hay alternativas de cambio, porque lo que no se activa es la fuente de empleo. Las personas no solo permanecen durante treinta años en condiciones de pobreza, sino que además, cargan con el mandato de social de *hacer algo* para devolver lo recibido. La moral y los sentimientos en la cuestión social se pueden interpretar desde los lentes del individualismo neoliberal en el que nadie piensa en la construcción de colectivos capaces de proteger a las personas. Sino al atomizarlas, ejercer el control a partir de las desigualdades que residen en la cuestión social.

En la última sección del libro, Kessler intenta comprender los delitos a partir de relatos autobiográficos y la experiencia de los propios actores y sus contextos. Identifica tres periodos: entre los años setenta y ochenta, en los noventa y hasta el año dos mil dos, y desde el año dos mil tres en adelante. En los relatos se relaciona al delito con el mundo del consumo y con las formas de privación relativa y absoluta, con el mundo del trabajo, con las redes de pares y el vínculo con la policía.

La relevancia de la propuesta de Kessler radica en que el aumento del delito no se mide en relación a las condiciones de desigualdad, ya que en periodos más productivos, con una baja en el desempleo, los delitos persistieron. Por ello es significativo el recorrido por las historias de vida de los protagonistas porque en la moral y en sus sentimientos emerge la cuestión social.

En el primer periodo el delito se manifiesta anterior a la experiencia laboral, sin embargo, no representaban dos mundos excluyentes, sino que se combinaban. El delito es casi una tarea secreta, los lazos se van construyendo a lo largo del tiempo, y los códigos principales determinaban una economía en el tiempo y en la violencia. Prácticamente no usaban armas, el motivo del delito era el dinero, las joyas, los bienes; repudiaban la violencia y más aún, hacia las mujeres. El vínculo con los bienes era escaso y durable, se pensaba en los bienes antes de tenerlos y luego se usaban por un largo tiempo. La familia no estaba implicada en las actividades ilegales y el rol de la mujer representaba sujeción y silencio. El dinero debía gastarse rápido para que nadie sospeche, sobre

todo se cuidaban las apariencias en el barrio.

En el segundo periodo, ya se trataba de personas que sus padres habían ingresado a un mercado de trabajo inestable, la idea de ocupación era acotada y no permitía imaginar una movilidad social ascendente. La lógica imperante era la del pasaje de trabajador a proveedor, ya que cualquier recurso era legítimo si permitía cubrir una necesidad. La crisis que generó la integración laboral, manifestó una ruptura intergeneracional, en la que los jóvenes eran segregados por los adultos de sus mismo barrios.

En algunos casos los inicios en el delito se relacionan a la importancia de la experiencia individual, de "probar" lo no permitido, respondiendo a un efecto de época en el que pierde peso la socialización tradicional y se legitima la búsqueda y la decisión autónoma de los límites. Este aspecto se podría relacionar con las concepciones neoliberales que confrontan la sociedad al individuo, en las que el individuo se debe *liberar* de las obligaciones que la sociedad impone. También en este periodo se distinguen dos grupos, los ya mencionados proveedores, y los bardenos, para quienes el delito es parte de una actividad grupal que genera disturbios y manifiesta esa ruptura con los límites socialmente establecidos. En estos grupos empieza a haber presencia de mujeres.

El tercer periodo si bien es un tiempo de recuperación económica, disminución del desempleo, de la desigualdad y de la pobreza, hay un fuerte incremento en el consumo que incide en cierta medida, que las oportunidades de delito prevalezcan.

Se puede establecer una importante relación respecto a *las poblaciones de riesgo* que describió Castel, ya que si bien hubo una disminución del desempleo los jóvenes residentes de determinadas zonas de Buenos Aires, eran estigmatizados en el mercado laboral. Para conseguir empleo debían omitir su barrio de residencia o mentir sobre su domicilio. Sumado a la inestabilidad laboral y a la creciente valoración de la vida ajena al trabajo, este se convertía en un horizonte poco deseable.

Sin embargo, a diferencia del periodo anterior, el barrio es representativo para los jóvenes, es un lugar atractivo para ellos. La relación con los pares es más intensa que en el periodo anterior, sobre todo porque hay presencia de personas de otras generaciones que han delinquido, y ello refuerza el peso del grupo de pares.

También se distingue en esta etapa que el consumo aparece como una forma de placer, a diferencia del periodo anterior que la privación era absoluto, en aquellas entrevistas no emergían sentimientos ligados al consumo. En este tercer periodo cobran importancia las estrategias de valoración y distinción respecto a los bienes, y se reconfigura la privación relativa.

El presente libro invita a la reflexión sociológica, permite observar los hechos desde la construcción de la subjetividad de las personas, es decir, comprender cómo las personas perciben a la cuestión social. Es enriquecedora la mirada de los sociólogos de Europa de Sudamérica, ya que construyen una interpretación de la moral y los sentimientos en la cuestión social sumamente complementaria, que permite comprender las consecuencias

del neoliberalismo desde las dinámicas de la individuación y desde la inmersión en una sociedad de riesgo. Es interesante complementar las perspectivas, porque permiten explicar cómo las exigencias de activación de las políticas de individuación en una coyuntura de inestabilidad y desempleo, son funcionales a la persistencia de los riesgos. La reorientación institucional propia del neoliberalismo es funcional

a la perpetuidad de las desigualdades, haciendo que los sectores populares, de Europa o de Buenos Aires, paguen los costos del progreso y persistan en la dificultad de la odisea de proyectarse hacia el futuro.

MARÍA VICTORIA SORDINI

Universidad Nacional de Mar del Plata

mvsordini@hotmail.com.ar